

Poemas

✦ JULIETA GAMBOA

Derrumbes

La carretera termina.
Entro en un espacio lejos del óxido
en el que todo está por despenarse.

El camino asciende sin bifurcaciones ni cruces,
columna vertebral
con un único punto de llegada.

Mastico la carne azul del derrumbe,
la carne de un dios que desconozco.
Su sabor amargo fija un grito en la garganta;
mi sangre se impregna,
se fragmenta,
es arrastrada hacia la tierra.

Las montañas abren sus átomos para el aire;
la respiración de los arbustos roza mi nuca,
el susurro desarma mi lenguaje;
mis venas crecen,
crean un diálogo con la corteza de los árboles.
Por un momento, todo se concentra en el ojo,
todo se dirige hacia el barranco,
todo existe en los conductos de las hojas,
en los pliegues de las piedras.

Desde el ojo saturado el habla se desgarr,
pierde su conexión con lo visible.
Las palabras son huellas enmohecidas,
alejadas ya de las cosas que nombran,
espacios vacíos, fisuras, restos.
Afasia temporal.
Nada que decir,
nada que las palabras colmen.

Lo futuro se desmiembra.
El tiempo, descentrado,
se alarga,
pero está lejos de ser un espejismo.

Después del derrumbe,
las cosas se reafirman como cifras que se abren.
Miro a un perro y me veo dibujada en sus entrañas.
Por una vez, mi cuerpo no se escinde,
no se ancla en su destierro
ni insiste en el ritual de sus heridas.

Después del derrumbe,
en este centro del mundo mana un lenguaje
lejano a las palabras.



Tradición

Las manos de mis padres cuidaron el tejido;
hilo a hilo, trenzaron firmes la crisálida.
El capullo guardó el calor para formarme
dentro del espacio cóncavo.

Un aire apacible me templaba la sangre
en la calma del hueco.
Conservé la posición oval
hasta salir,
como todo insecto adulto que rompe la cubierta.
Hasta salir,
percibí la ceguera contraída
en el tiempo oscuro de la gruta.

Afuera recordé de adentro algo más que el calor.
Palabras en la caja del tórax,
dosis de obediencia que alimentaron
una cobardía germinal.

Pesaron sobre mis padres
cientos de años de pautas viejas.
También construyeron las capas
con ficciones de alguna región de su memoria,
venidas de lejos,
que dejaron en mí como un sello antiguo.

No fui la autora de mi cuerpo,
fundado en un tenue letanía,
polvo asentado en el árbol de mis bronquios.

Me fueron dictadas mis líneas en la historia familiar,
con la violencia que guardan las palabras dichas suavemente.

Generación tras generación,
en la mesa compartida,
sobre un tiempo fósil,
queda la inercia de los signos que se fijan en la piel
y no pueden lavarse.

Mis padres buscaron grabar un testimonio,
afincarlo en mis oídos;
guardar una fotografía
para ver el parecido de unos con otros.
Seguir anclados a un cuerpo precedente,
único,
que se repite.

